

Memorialistas & Viajeros

Alejo Carpentier: “Ese músico que llevo dentro”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Con ese título se publicó en Cuba en 1980 (año de su deceso) una recopilación de los artículos y ensayos breves sobre crítica musical, aparecidos en periódicos y revistas cubanas y extranjeras (sobre todo venezolanas), que el escritor Alejo Carpentier publicó entre 1923 y 1977. Documenta más de cincuenta años de dedicación a esos temas. Se trata de una faceta poco conocida del autor de *Los pasos perdidos*, *El reino de este mundo*, *El siglo de las luces* y tantas novelas y relatos memorables. En 1946 había publicado un estudio ahora clásico, *La música en Cuba*, que se ocupa de las corrientes populares, sobre todo las contribuciones de origen africano.

La música, como el propio Carpentier lo ha señalado, estuvo presente en su vida desde la niñez, debido a una afición familiar que se remontaba a varias generaciones. Su padre era violonchelista. Él la siguió cultivando, aunque no en la interpretación o la composición, sino que una vena más afín a su proyección literaria: la musicología. Se trata ésta de una recopilación parcial de sus textos sobre las artes sonoras, tal como se advierte en el prólogo. No obstante, apretados en tres tomos, tenemos acceso a casi mil quinientas páginas dedicadas exclusivamente a la música.

Tres cosas hacen de esta lectura un regalo: en primer término, la calidad de una prosa que, poniendo énfasis en los aspectos centrales del tema abordado, no desmerece de lo que conocemos de Carpentier, figura mayor de la literatura latinoamericana; enseguida, su auténtico dominio del tema, que no es la expresión de un diletante oportunista sino de un real conocedor; y, finalmente, la pasión, expresada en cada línea, que el escritor sintió por la música durante toda su trayectoria vital. Lo que tanto influyó, por lo demás, en su creación narrativa, piénsese en *El acoso* o en *La consagración de la primavera*.

Cabe preguntarse: ¿sobre qué tipo de música escribe Carpentier? Antes que nada, en los artículos se habla de personas: directores de orquesta, compositores, intérpretes y teóricos. Tanto cubanos y latinoamericanos como de todo el mundo. Y, sobre todo, se explora acerca de lo que se suele clasificar (abusando de los conceptos) como música clásica, selecta o culta. Un universo bastante limitado, obvio, pero que contiene innumerables tesoros. El escritor desentierra muchos y se salta algunos, lo que en nada lo desmerece.

A Carpentier le preocupan centralmente los músicos que fueron contemporáneos suyos y que, según su criterio, marcaron la historia del arte sonoro: Edgar Varèse, Igor Stravinsky y Arnold Schönberg. También dedica textos a Sergei Prokofiev, Manuel de Falla, Charles Ives, Aaron Copland, Richard Strauss, Hans-Werner Henze, Paul Hindemith, Arthur Honegger, Darius Milhaud y varios más. Por el lado latinoamericano, los más estudiados por él son Heitor Villa-Lobos, Alberto Ginastera y Carlos Chávez. Nuestros clásicos.

Los aportes de aquéllos en la historia de la música, sus enfoques para incorporar la veta popular, los detalles de personalidad que configuraron sus estilos, sus influencias cruzadas, las escuelas que desarrollaron en la cátedra o en el aislamiento, aparecen revisados con entusiasmo por Carpentier. A él le interesa poner de manifiesto las grandes tendencias de la música del siglo XX: dodecafonismo, atonalismo, música concreta y electrónica. No alcanza a ocuparse, por la época que cubre, del minimalismo, la música aleatoria o la *third stream music*. El autor tampoco menciona, por cierto, que músicos epónimos de la corriente popular como Frank Zappa, Laurie Anderson o Brian Eno, serían tributarios de esas vanguardias.

Alejo Carpentier tampoco deja de lado un ámbito que le fascina, el de la música para la escena: la ópera, el ballet, el teatro y el cine. Y que conoció bien, recorriendo el mundo y frecuentando a sus creadores. Por ello, no sólo escribe sobre música y músicos, sino también sobre producciones, puestas en escena, escenarios y temporadas. Y sobre las conexiones con las artes pictóricas, a través de escuelas, escenografías, vestuarios y decorados. Predomina la intuición por sobre la erudición.

Particularmente bellas son las páginas dedicadas a Erik Satie, el compositor francés que tanto influyó a toda una generación, por su música fuera de los cánones y su personalidad festiva y extravagante. Igualmente, sus análisis de la música de Mahler son iluminadores, el compositor postromántico que mejor representante el cambio de época entre los siglos XIX y XX. De Schönberg nos cuenta que en su exilio norteamericano, por la persecución nazi, instruyó a los músicos de Hollywood, aunque se negó a componer para películas. Por eso hay tantas bandas sonoras que rebosan de plagios a su obra.

El escritor cubano dedica importantes páginas a Debussy y Ravel, fiel a sus ancestros y a su amor por la cultura francesa. Una admiración especial le merece George Gershwin, un compositor que incorporó la música popular norteamericana, en particular el *blues*, a su obra. Sin que por ello el *blues* haya ganado o perdido, valga señalar.

Ni libro de memorias ni libro de viajes, en sentido restringido, *El músico que llevo dentro* es sin duda la crónica de una memoria y un viaje personales. Lectura fértil para los seguidores de Alejo Carpentier y para los aficionados a la música. Una demostración, además, de que el mero artículo de prensa, por coyuntural que sea, puede ser leído por los lectores del futuro, en la medida que el articulista cuide en todo momento la coherencia y la calidad de su escritura, introduzca fervor y despliegue sapiencia.

